

Prólogo

Casa Greentree
Yorkshire, Inglaterra
1826

Vivianna se llevó un dedo a los labios, con los ojos color avellana ovalados muy abiertos, la cara sucia y el pelo ondulado que pedía a gritos un lavado y un cepillado. Sus dos hermanas pequeñas, llorosas y con la cara sucia como ella, estaban acurrucadas a su lado, con los ojos abiertos y conteniendo la respiración.

Las voces que se oían fuera de la casa estaban cada vez más cerca.

Vivianna reconoció la del hombre patilludo que ya había estado allí antes, observándolas a través de la ventana e intentando convencerlas para que salieran.

Ese hombre le daba miedo.

Cuando se marchó, pisando fuerte y meneando la cabeza, las tres niñas se quedaron escondidas en un rincón de la habitación un buen rato. Para entretener a sus hermanas, Vivianna les explicó la historia de tres hermanas a las que una mujer con la cara delgada y alargada y su monstruoso marido habían separado de su madre a la fuerza y luego habían abandonado.

Se parecía mucho a su propia historia, aunque en la versión de Vi-

vianna las tres niñas acababan reuniéndose con su madre y todo terminaba bien. Un final feliz.

—Tengo hambre —dijo Marietta, de dos años, cuando su hermana terminó de explicarle la historia. Tenía los ojos azules muy abiertos y unos cuantos rizos encima de la frente.

—Ya lo sé, Etta —le respondió con mucha dulzura Vivianna, de seis años—, pero nos hemos comido el último pedazo de pan esta mañana. Intentaré ir a buscar algo. Pero cuando anochezca —no tenía ni idea de cómo lo conseguiría pero era consciente de que, como hermana mayor, tenía que cuidar a sus hermanas pequeñas.

Marietta sonrió con una confianza ciega en su hermana. Francesca gimoteó un poco y se aferró con más fuerza a la falda de Vivianna. De pelo y ojos oscuros, era una pequeña hada que, con un año de edad, no podía entender lo que estaba pasando. Sólo sabía que ya no estaban a salvo en su cálida y acogedora casa con sus queridos criados. El día en que aquel hombre las envolvió con una manta, las metió en el carruaje con la señora Slater y las mandó lejos, muy lejos, Francesca estaba dormida.

Vivianna no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde aquella noche, pues había perdido la noción de los días y las semanas. Incluso estaba empezando a olvidar cómo era su casa. La señora Slater no había sido cruel con ellas, pero tampoco se había mostrado especialmente cariñosa. Y cuando aparecía el hombre que ella decía que era su marido, era todavía más ambigua. El matrimonio se había pasado casi todas las noches encerrado en su habitación y sólo daban de comer a las niñas cuando les apetecía. Le correspondió a Vivianna, que era tan sólo una niña, tranquilizar a sus hermanas y cuidarlas lo mejor posible.

Cuando el hombre se enfadaba, Vivianna explicaba historias a las pequeñas hasta que se quedaban dormidas. Y luego permanecía sentada, con los ojos bien abiertos, intentado encontrar la manera de volver a casa. La sensación de desamparo y de debilidad le provocaba dolor de estómago. Echaba mucho de menos su casa y a su madre, pero lo peor de todo era que no sabía dónde estaban.

Sí, sabía que su casa estaba en el campo, pero no sabía cómo se llamaba la casa ni el pueblo que había al lado, nunca había necesitado saberlo porque siempre la habían mantenido alejada de cualquier persona que hiciera demasiadas preguntas.

Vivianna comprendió, incluso a su temprana edad, que su existencia era un secreto.

Y en cuanto a su madre... siempre había sido «Mamá»; Vivianna no sabía cómo la llamaban los demás ni a qué parte de Londres iba cuando no estaba con sus hijas.

Los Slater las tuvieron prisioneras en aquella casa hasta que un día, no hacía mucho, las niñas se despertaron y descubrieron que el matrimonio había desaparecido. Las tres pequeñas se quedaron en casa y esperaron. Y esperaron. Vivianna estaba segura de que la señora Slater volvería, pero no lo hizo. Efectivamente, las habían abandonado en aquella oscura y ruinoso casa.

Una vez más, Vivianna hizo lo que pudo para cuidar de sus hermanas; a los seis años, su sentido de la responsabilidad estaba muy desarrollado. Era muy madura para su edad y el gesto de determinación de su cara era propio de una persona mucho mayor.

Volvió a oír voces que se adentraron hasta su conciencia. Parpadeó y se despezó. A esas alturas, ya estaba tan cansada y hambrienta que tendía a imaginarse cosas. Una vez, había visto un león avanzando por el abandonado jardín hasta que, a los pocos segundos, descubrió que tan sólo era un escuálido gato atigrado.

Pero ahora estaba segura de que había oído al hombre patilludo. Y luego oyó la voz de la mujer. Había algo dolorosamente familiar en aquellas voces suaves y educadas.

—¿Mamá? —susurró Vivianna. Sabía que no era su madre pero, de todos modos, se sintió atraída hacia aquella voz—. Quedaros aquí —les dijo a sus hermanas. Con mucho cuidado, salió de la húmeda y apestosa habitación y accedió a la salita. Había una pequeña y sucia ventana que daba al jardín, donde la maleza había destrozado o escondido cualquier cosa de valor. Vio al hombre patilludo y, junto a él, a una señora alta y elegante, con el pelo color miel recogido en lo alto

de la cabeza. Llevaba un vestido negro hasta los tobillos, debajo del cual se veían unos preciosos mules negros de tacón bajo. Vivianna sabía que si la señora llevaba ropa negra era porque alguien cercano había muerto.

—Iba jactándose por el pueblo —dijo el hombre.

—¿Quién se jactaba, Rawlings? —preguntó la señora, mientras seguía al hombre por el estrecho camino entre la maleza hasta la puerta—. Esto es un desastre —dijo para sí misma con el ceño fruncido—. No sabía lo mucho que se había deteriorado todo esto desde que Edward... —de repente, pareció muy triste.

Rawlings no la había oído.

—La señora Slater, señora. Decía que las tres niñas eran hijas de una prostituta de la alta sociedad de Londres. Se jactaba del dinero que había ganado al retener a las niñas escondidas en esta casa.

La mujer lanzó una mirada de indecisión hacia la casa.

—¿Estás seguro de que las niñas todavía están aquí, Rawlings?

Rawlings miró directamente a los ojos pálidos de la mujer.

—Sí, señora. No quieren salir. La mayor, aunque temblaba como una hoja, se mostró de lo más valiente. Se colocó delante de las otras dos como si quisiera enfrentarse a mí.

—No me lo puedo creer —dijo la señora, otra vez hablando para sí misma—. Ya es horrible que esos dos se marcharan sin decir nada, pero abandonar a tres niñas que estaban a su cargo... Es monstruoso.

—Se rumoreaba que la señora Slater era una nodriza, señora. Que aceptaba dinero por cuidar a niños no deseados, fruto de una relación extramatrimonial o hijos de prostitutas. A estas tres las trajo del sur, pero nadie sabe exactamente de dónde. Supongo que su madre, fuera quien fuera, aceptó deshacerse de ellas.

—Son niñas, Rawlings. Necesitan una casa, y yo pretendo encontrarles una.

Vivianna empezó a temblar. Había algo feroz y al mismo tiempo amable en aquella mujer que le llegó al corazón. De forma instintiva, supo que había encontrado a alguien en quien podía creer. Alguien a quien podía confiarle el cuidado de sus dos hermanas pequeñas.

Abrieron la puerta de la casa.

—Hola, ¿hay alguien? —dijo la señora de negro. Luego, más bajo, se dirigió hacia Rawlings—. ¿Cómo se llaman? ¿Sabes cómo se llaman estas niñas?

—La mayor se llama Vivianna, señora. Un día en el pueblo, oí que la señora Slater la llamaba Annie, pero a la niña no le gustaba y no le hizo caso hasta que la llamó por su nombre.

La señora sonrió.

—Vivianna. ¿Y las demás?

—Son muy pequeñas, señora. No sé cómo se llaman.

—Perfecto. ¿Vivianna? Vivianna, ¿estás aquí?

Vivianna se quedó inmóvil en la oscuridad. La señora entró en la casa y se quedó de pie en la entrada mientras sus ojos se acostumbraban a la poca luz del interior. Si se daban prisa, todavía podrían escapar. Pero a Vivianna le había gustado cómo la señora la había llamado por su nombre y no quería huir. Además, ¿adónde irían? En la casa, había sido capaz de mantener a sus hermanas a salvo, pero fuera de la casa sería otra cosa. Se sentía sola, tenía miedo y estaba muy, muy cansada. Tuvo la sensación de que había algo en aquella señora que le transmitía que podía confiar en ella. Que era alguien que podría ayudarlas.

—¿Vivianna? —repitió la señora, con suavidad y sin prisas. La falda negra rozó la pared. Ni siquiera se molestó en quejarse, apartarse o sacudirse la suciedad. Parecía que encontrar a las niñas era su preocupación más importante, la única.

—Estoy aquí.

La señora se asustó y se volvió. Rawlings hizo como si quisiera correr y coger a Vivianna, pero la señora levantó una mano, con toda la atención puesta en la niña. Vivianna vio que tenía los ojos azul claro y muy bonitos. Y esos ojos encendieron un cálido fuego en el agotado y asustado corazón de la niña.

—¿Quién es usted? —preguntó Vivianna. No pretendía ser maleducada, durante aquellos meses con la señora Slater había empezado a olvidar sus buenos modales, pero tenía que saberlo.

—Soy Lady Greentree, querida. Esta casa y la tierra sobre la que se levanta son mías. Estas son mis tierras.

Se oyó algo que venía de la puerta de la habitación y dos diminutas figuras corrieron hasta donde estaba Vivianna. La mayor vio que sus hermanas habían estado llorando y que Marietta llevaba la muñeca de trapo que se había traído de casa. Las abrazó y las atrajo hacia su sucia falda.

Por un segundo, pareció que Lady Greentree también iba a echarse a llorar pero, entonces, preguntó con voz suave:

—¿Cómo te apellidas, Vivianna? ¿Sabrías decirme de dónde venís?

—La señora Slater nos trajo aquí —respondió Vivianna muy despacio mientras sus ojos amenazaban con cerrarse. Suponía que era por el hambre—. Vinimos del campo, pero no sé de dónde. Había un pueblo, pero no sé cómo se llamaba. Vivíamos en una casa grande y llena de cosas bonitas, y había criados... Siempre me llamaron señorita Vivianna, hasta que la señora Slater empezó a llamarme Annie.

Vivianna quería decir o recordar algo que, de forma mágica, las devolviera a casa. Tenía la horrible sensación de que, ahora que se las habían llevado, jamás lograrían regresar.

Marietta no había dejado de mirar a Lady Greentree y, de repente, dijo:

—¿Mamá?

Los ojos de Lady Greentree se humedecieron.

—¡Oh, pobrecitas! —respiró hondo con el pecho tembloroso y extendió la mano—. No tengo hijos y siempre me ha pesado mucho no haber sido bendecida con descendencia. Mi marido Edward era soldado del ejército en India, pero murió y ahora soy viuda. Estoy sola, igual que vosotras. ¿Queréis venir conmigo y dejar que os cuide?

Vivianna miró con nostalgia esa delicada mano. Una mano que le recordaba mucho a la de su madre.

Rawlings inspiró con fuerza y exclamó:

—¡Señora, ni siquiera sabe de qué cuna proceden!

Lady Greentree le lanzó una mirada fulminante que hizo que el

hombre se sonrojara como un tomate. A Vivianna le entusiasmó ese gesto, igual que el hecho de que la mano siguiera extendida, firme y expectante. Una promesa. Dio un paso adelante y luego otro, a pesar de tener a sus hermanas aferradas a la falda. Colocó su fría y esquelética mano en la de Lady Greentree. De repente, sus dedos se vieron envueltos de calidez.

Y también su corazón.

Lady Greentree sonrió como si fuera Vivianna quien le hubiera ofrecido refugio y no al revés.

—Venid, pequeñas —dijo, con cariño—. Salgamos de este sitio horrible.

Capítulo 1

Plaza Berkeley

Londres

1840

Catorce años después

*E*n el interior de la esbelta y elegante mansión de Londres, Lord Montgomery dejaba, impaciente, que su ayuda de cámara acabara de arreglarle el traje de noche. Abrigo negro entallado, pantalones negros estrechos y camisa de lino blanca de cuello alto con corbata blanca. La única nota de color la ponía el chaleco; era de terciopelo de color azul oscuro con bordados dorados y grandes botones igualmente dorados.

Hubo una época en la que Oliver jamás se hubiera puesto algo así, cuando los únicos colores permitidos para la noche eran el blanco y el negro. El chaleco era terriblemente vulgar y denotaba muy mal gusto, aunque a él le pareció apropiado; representaba el estado actual de su vida. Esa noche, pretendía pasar varias horas en casa de Aphrodite y luego dirigirse hasta el club apodado el Cubo de Sangre, donde esperaba presenciar alguna pelea y hacer una o dos apuestas. En el pasado, vivía una noche como aquella cada dos meses. Beber, apostar, salir de jarana; sus normas morales habían desaparecido. En todos los aspectos, iba cuesta abajo... todos lo decían.

Y así era como él quería que fuera.

—¿Señor?

Se volvió hacia la puerta y vio a su mayordomo con gesto de preocupación.

—¿Qué sucede, Hodge?

—La joven que ha venido antes está fuera, en la plaza. La he visto caminando junto a la verja del jardín. ¿Quiere que avise a la policía?

—¿Te refieres a la señorita Vivianna Greentree?

—Sí, señor.

Oliver se miró en el espejo y frunció el ceño. Aquello suponía una complicación que no esperaba. La señorita Greentree de Yorkshire había venido para darle una buena reprimenda.

—¿Señor? ¿Aviso a la policía?

Oliver cogió el bastón con el puño de ébano.

—Por muy eficientes que sean las Fuerzas Policiales Metropolitanas de Sir Robert Peel, Hodge, no creo que en este momento sean necesarias. Déjala. Si intenta seguirme, descubrirá lo fácil que me resulta despistarla. Que traigan el coche. Estoy listo.

Hodge se inclinó y fue a cumplir órdenes, mientras que Oliver lo siguió a un paso más tranquilo. Quizá la señorita Greentree fuera una complicación inesperada, pero no creía que fuera demasiado peligrosa. De hecho, su presencia en Londres podía hacer que su reputación de vividor creciera todavía más. El tiempo diría qué papel tendría la señorita Vivianna Greentree de Yorkshire en toda esta historia.

La señorita Vivianna Greentree estaba frente a la esbelta y elegante mansión de Londres, cuyas ventanas estaban todas iluminadas, y se sintió muy pequeña. Bajo las finas suelas de sus botines de piel, notaba cada piedra de la plaza y el aire congelado hacía que temblara como una hoja, a pesar del precioso vestido de lana y el cálido abrigo con el cuello ribeteado en piel.

Sentía una rabia impotente en su interior, una oscura y asfixiante

sensación de frustración que había ido a más desde que había salido de la casa Greentree, ya hacía varios días, en respuesta a una asustada carta de las hermanas Beatty relativa al fatal destino del Refugio para Huérfanos Pobres.

Ante ella, en el lado oeste de la plaza Berkeley, la elegante mansión estilo Reina Ana de Lord Montgomery se alzaba como una acusación. Los Montgomery eran una centenaria, orgullosa y aristocrática familia, y Oliver era el último miembro con vida. ¿Qué podía saber un caballero privilegiado como él de la pobreza y el abandono? Apretó con fuerza la fusta que llevaba en la mano a modo de protección, por si tenía que adentrarse en calles poco adecuadas para una señorita de su clase y refinamiento.

Vivianna ya había llamado a la puerta de Lord Montgomery para preguntar si podía hablar con él sobre un asunto urgente. El altivo mayordomo que abrió la puerta tras sus insistentes golpes la informó que Lord Montgomery estaba a punto de salir hacia su club y, además, no permitía que «personas femeninas» solas lo acompañaran.

«¡Como si lo que estuviera en juego fuera la reputación de él, y no la mía!», pensó furiosa Vivianna.

Volvió a apretar la fusta. Bueno, pues pronto descubriría que a la señorita Vivianna Greentree de Yorkshire no se la despistaba tan fácilmente. Estaba decidida a que el Refugio para Huérfanos Pobres no cerrara por culpa de un caballero egoísta.

El repiqueteo de las ruedas y el chacoloteo de los cascos de los caballos delataron la aproximación de un carruaje por el otro lado de la plaza. Se detuvo frente a la mansión de los Montgomery. Por lo visto, tal y como había dicho el mayordomo, el señorito estaba a punto de salir hacia su club.

Aquel era el momento que Vivianna había estado esperando. Incluso ella, por muy de campo que fuera, sabía que los caballeros de Londres solían salir por la noche. Y, por lo poco que sabía de Lord Montgomery, era un caballero de tradiciones.

Muy deprisa, se escondió detrás de la verja de hierro que rodeaba el jardín y los arbustos que había en el centro de la plaza. Uno de los

pasajeros con los que había viajado hasta el sur en el carruaje del correo había resultado ser un gran conocedor de las costumbres de los caballeros de Londres de la clase de Lord Montgomery y, con las vistas puestas en el futuro, Vivianna lo dejó hablar sobre ese tipo de criaturas en general.

«¡Clubes de bebida y juego, prostíbulos y mujeres desvergonzadas! Por Dios, señorita, vaya con mucho cuidado en Londres, una joven dulce e inocente como usted.»

Vivianna no se consideraba «dulce» y, aunque era «inocente» en el sentido físico, era una chica muy leída y muy bien informada. Además, no creía que Montgomery pudiera representar ningún peligro. Un hombre así seguro que prefería las virtudes superficiales más propias del sexo femenino: la dulzura y la docilidad y, claro, la belleza según los cánones de palidez y neutralidad. Vivianna sabía que ella no era nada de eso; lo que estaba claro era que su belleza no se ajustaba a los cánones. Ahora, todas las jóvenes querían parecerse a la reina Victoria: pequeña, bonita y rellenita.

Vivianna tenía unos grandes ojos color avellana y, cuando se soltaba el pelo, tenía una melena castaña poblada y brillante. Era alta y tenía mucho pecho, así como una voz clara y precisa. Y miraba a los hombres de una forma que los ponía muy nerviosos. Un caballero que conoció una vez dijo que cuando Vivianna lo miraba, sentía como si lo estuviera juzgando y decidiera que no era de su agrado.

«No», pensó Vivianna. No corría peligro con un vividor sinvergüenza; además, sabía defenderse muy bien aunque dudaba que tuviera que usar la fusta para quitárselo de encima. Su objetivo era hablar con Montgomery cara a cara, presentarle una súplica y persuadirlo para que aceptara su punto de vista.

Y sabía que podía llegar a ser muy persuasiva.

La puerta principal se había abierto. Vio el brillo de los espejos y el mármol del interior y los intensos colores de las flores. Seguro que la mansión de Lord Montgomery era muy bonita, y Vivianna sabía apreciar la belleza, pero no lo envidiaba. Su madre provenía de una familia, los Tremaine, que habían hecho fortuna con el comercio; el

abuelo de Lady Greentree vendía carne. Los Tremaine no eran aristócratas y su madre había conseguido el título a través de su matrimonio con Sir Edward Greentree. También había conseguido una preciosa, aunque aislada, casa en Yorkshire y, lo más importante, una familia que la quería.

Ese el objetivo de todos, ¿verdad? Tener a alguien que te quiera. Incluso un hombre como Lord Montgomery entendería un ruego expuesto en esos términos.

¿Verdad?

De repente, lo vio: Lord Montgomery en persona. Vivianna entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante para verlo mejor.

Se detuvo un momento frente a la puerta, justo debajo de la luz. Era alto y tenía unos hombros muy anchos, que se veían todavía más anchos con el traje hecho a medida, y un cuerpo esbelto y musculoso. Mientras se volvía hacia el carruaje, giró el bastón con una mano y, con la otra, sostuvo el sombrero de copa. Tenía el pelo negro y brillante, peinado hacia atrás en la parte delantera y algo más largo y rizado encima del cuello de la camisa. Se volvió hacia ella con mucha tranquilidad, aparentemente disfrutando del frío y gélido aire nocturno, y Vivianna descubrió un rostro anguloso y atractivo: una nariz recta y unos pómulos altos con unas patillas oscuras y una mandíbula cuadrada. Y algo más. En Londres, había muchos hombres atractivos. Ese hombre, a pesar de la ropa exquisita, parecía un pirata. Alguien con quien se tenía que ir con cuidado.

Un escalofrío la obligó a cerrarse más el abrigo.

¿De verdad esperaba que fuera un amable caballero de mediana edad? Además, se dijo, a lo largo de sus veinte años de vida se había enfrentado a tareas más complicadas. Persuadir a un caballero rico y egoísta para que cambiara de opinión e hiciera una buena obra en pro de los menos favorecidos debería ser algo sencillo. No tenía ningún motivo para temerle, porque seguro que el nudo que tenía en el pecho y la ansiedad que sentía, le tensaba la piel y le aceleraba la respiración eran a consecuencia del miedo, ¿verdad?

Con otro escalofrío, Vivianna se acercó más a la verja del jardín.

Lord Montgomery bajó las escaleras haciendo girar el bastón, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Vivianna supuso que así era. Aunque eso estaba a punto de cambiar. Mientras lo observaba, Lord Montgomery subió al carruaje y, a los pocos segundos, el vehículo se puso en marcha y se alejó por el extremo sur de la plaza.

Vivianna se arremangó la falda y echó a correr. Su carruaje alquilado la estaba esperando al otro lado de la plaza, escondido entre los jardines centrales.

Abrió la puerta y saltó al interior.

—¡Siga al carruaje negro! —exclamó y, cuando el cochero le hizo caso con mucho entusiasmo y arreó a los caballos, el impulso la tiró sobre el viejo asiento trasero de la cabina.

«¿Estás segura de que es el comportamiento adecuado para una señorita? ¿No sería más sencillo volver por la mañana y dejar tu tarjeta de visita?» La dulce y educada voz de Lady Greentree resonó en su cabeza.

Vivianna reconoció que quizá, en otras circunstancias, sus acciones podrían ser calificadas como impetuosas y poco apropiadas, pero eran momentos desesperados. Tenía que hablar con ese hombre, convencerlo de que cambiara de opinión y salvara el Refugio para Huérfanos Pobres. Vivianna no estaba dispuesta a ser testigo de cómo el trabajo de tantas personas, y la felicidad de muchas más, desaparecería por culpa del rico y malcriado Lord Montgomery.

«Sí, cariño, todo esto está muy bien pero, ¿estás segura de que no estás disfrutando de tu aventura quizá un poco más de lo necesario?»

Vivianna decidió ignorar ese comentario.

El carruaje avanzaba de prisa hacia donde fuera que se dirigieran. Su ira justificada cedió terreno a otra ola de ansiedad. Esperaba que su destino no fuera Seven Dials o St. Giles o cualquiera de las otras zonas peligrosas de Londres. Aunque llevaba poco tiempo en la ciudad, ya había visto las calles masificadas y había percibido los terribles hechos.

Esperaba que Lord Montgomery realmente se dirigiera a uno de

sus clubes, o incluso a una casa de juegos o a algún local de bebidas de la capital. Es posible que, en los dos últimos, extrañara la presencia de una señora respetable como ella, pero seguro que si estaba rodeada de gente se sentía a salvo y, si mantenía la boca cerrada y la mirada baja, no llamaría demasiado la atención.

Las ruedas del carruaje chirriaron cuando pasaron por un cruce adoquinado y giraron una esquina. Se cruzaron con un transporte público, lleno hasta arriba incluso a esas horas de la noche, y los dos cocheros intercambiaron unos saludos que Vivianna no pudo descifrar. Aunque quizá fuera mejor así. Volvió a concentrarse en sus pensamientos y se acordó de las señoritas Susan y Greta Beatty y de su desesperada carta. Parecía que llevaba las palabras literalmente grabadas a fuego en el cerebro:

«Querida señorita Greentree:

Como nuestra más respetada y apreciada amiga, y como nuestro mayor apoyo desde el principio, le escribimos una vez más para pedir su ayuda. ¡Noticias terribles! Acabamos de saber que, dentro de nueve semanas, nos quitarán el Refugio para Huérfanos Pobres. ¡Lo demolerán! Por favor, señorita Greentree, ¡no podemos perder ni un segundo! Venga a Londres lo antes posible. Dése prisa si quiere intentar hacer algo antes que sea demasiado tarde...»

El resto de la carta era casi ilegible. El hecho de que las encantadoras y prácticas señoritas Susan y Greta se vieran obligadas a escribir una carta tan desesperada sólo podía significar que el asunto era muy grave. Vivianna no podía denegarles su ayuda, a pesar de que apenas podía creerse lo que estaba leyendo. ¿De verdad iban a derribar el Refugio para Huérfanos Pobres dentro de nueve semanas?

No iba a permitirlo.

El carruaje volvió a chirriar cuando giraron y accedieron a una calle ancha mucho más sobria, iluminada con luces de gas. Vivianna cerró los ojos. El Refugio para Huérfanos Pobres había sido su triunfo, un sueño que había albergado en su corazón durante mucho tiempo y que, al fin, había podido realizar a base de trabajo duro y mucha determinación.

El refugio acogía a niños abandonados, a aquellos que no habían tenido la suerte de cruzarse con una deliciosa Lady Greentree en sus vidas. Era un lugar donde los cuidaban, alimentaban y educaban. Había sido el sueño de Vivianna hasta que las señoritas Susan y Greta llegaron a Yorkshire para contribuir en una serie de conferencias en la Cena a favor de los Niños que se celebraba cada año. El discurso de las dos hermanas fascinó a Vivianna. Hablaron con mucha pasión y sinceridad sobre su determinación para ayudar a los pobres niños huérfanos y abandonados. En aquel momento, Vivianna se dio cuenta de que su sueño también era el de aquellas dos jóvenes.

Al día siguiente, se reunieron en un respetable hotel para tomar el té y descubrieron que también compartían el deseo de salvar a aquellos niños que no podían salvarse a sí mismos. Las dos hermanas habían heredado un legado de un tío rico y querían darle un buen uso. Vivianna no tenía dinero, pero Lady Greentree era una mujer adinerada, y generosa, y tenía buenos contactos con algunas de las familias más ricas del norte de Inglaterra.

Allí empezó su sociedad.

Las hermanas Beatty y Vivianna decidieron que Londres era el lugar más adecuado para construir el Refugio. Susan Beatty dijo: «En Londres están los más necesitados». Vivianna no había estado nunca en Londres, pero podía ver las partes menos salubres de la capital reflejadas crudamente en los ojos de sus nuevas amigas.

El Refugio para Huérfanos Pobres empezó a tomar forma.

Encontraron un edificio y, a pesar de que estaba en muy malas condiciones, superaba de largo sus expectativas. Se llamaba Candlewood y formaba parte de una antigua propiedad abandonada por falta de fondos y que estaba varios kilómetros al norte de la ciudad. En realidad, estaba casi en el bosque, con lo que tenía espacio de sobra para plantar un huerto y dar largos paseos por los jardines de alrededor. Al cabo de poco tiempo, acogía a veinticinco niños y las chicas tenían planeado dar cobijo a muchos más.

Y entonces, repentinamente, aquella carta amenazaba con echarlo todo a perder.

En cuanto la leyó, Vivianna supo que no podía permitirlo. No era la clase de mujer que se quedaba quieta mientras veía cómo otro destruía su sueño. Iría a Londres a hacer lo que fuera necesario.

Lady Greentree, aunque estaba preocupada ante la marcha de Vivianna, había descubierto hacía tiempo que cuando la chica se empeñaba en algo con tanta pasión, nadie podía decir o hacer nada para detenerla. O ni siquiera para que fuera más despacio. A Vivianna no le preocupaban las críticas que pudieran lanzarle desde la sociedad como joven soltera. Ella creía que, en la vida, había cosas más importantes que adoptar tantas reglas a su parecer inútiles.

«No aceptaré quedarme sin recursos por el mero hecho de ser una mujer —le dijo a Lady Greentree—. Me voy a Londres a salvar el refugio.»

Su hermana Marietta le suplicó que la dejara ir con ella, aunque por motivos menos nobles («¡Para ver la ciudad y las tiendas, Vivianna!»), mientras que Francesca, la más pequeña, dijo que nada, ni siquiera la preciosa ciudad de Londres, la haría alejarse de su querido campo. Vivianna prometió escribirles en cuanto llegara y decirles el tiempo que pensaba quedarse.

De modo que Lil, la doncella, y ella se subieron al carruaje de correos de la Great Northern Road y se fueron a Londres.

Antes de marcharse, Lady Greentree le habló con mucha franqueza:

—Por supuesto, te quedarás en casa de tu tía Helen en Bloomsbury. En tu equipaje, he guardado una carta explicándoselo todo, pero dudo que tu inesperada visita le importe, Vivianna. Le harás compañía, pobre Helen —por un momento, el rostro de Lady Greentree se ensombreció al pensar en su hermana, casada con Toby Russell, perseguido por su mala fama, y luego se repuso—. También he escrito una carta al Banco Privado Hoarse de la calle Flee para que puedas sacar dinero de mi cuenta. Tendrás algunos gastos y a lo mejor te apetece comprarte uno o dos vestidos nuevos —le dedicó una gran sonrisa a su hija mayor, como si lo que acababa de decir fuera lo más improbable del mundo—. Bueno, ¿lo llevas todo, cariño?

—Sí, mamá. Todo. No te preocupes. Estaré muy bien.

Lady Greentree suspiró y luego añadió:

—Siempre has sido una muchacha muy testaruda, Vivianna. Lo supe aquel día que, con diez años, me trajiste a aquel niño hojalatero a casa y me dijiste que necesitaba un par de zapatos nuevos. En cierto modo, Vivianna, es una bendición estar tan segura de tu camino en la vida, pero en otros... tengo miedo. No seas demasiado impetuosa. Te ruego que pienses antes de actuar o, si no, tendrás muchos problemas.»

Ahora, sentada en la parte trasera del carruaje, Vivianna se preguntaba si la predicción de Lady Greentree sería cierta. Porque, no sólo se había ido corriendo a Londres sino que, cuando llegó a casa de su tía, fingió tener un terrible dolor de cabeza, se excusó y se retiró a su habitación. Una vez allí, se cambió de ropa, cogió la fusta y salió de casa a escondidas.

Lil, la doncella, fue su cómplice involuntaria, como casi en todos los planes de Vivianna. Le buscó un carruaje y la dejó marcharse con el ruego de que regresara «de una pieza, señorita, por el amor de Dios». Y en cuanto a la pobre tía Helen, si llegara a descubrir que se había ido... Ya estaba lo suficientemente preocupada con el revoltoso de su marido y Vivianna sabía que estaba mal añadir más preocupaciones al corazón de la pobre señora.

Sin embargo, todo eso palidecía cuando pensaba en los niños del refugio.

El carruaje de Lord Montgomery se detuvo frente a un edificio muy grande de tres pisos. El portero, que estaba muy atento a las llegadas vestido con una chaqueta roja de corte militar, se acercó hasta el carruaje para recibir a Montgomery con la decisión de un soldado que se dirige hacia la batalla.

El carruaje de Vivianna también se detuvo. Se asomó para observar la fachada neutra y respetable. Parecía un lugar mundano, pero supuso que los clubes exclusivos de caballeros no necesitaban publicitarse en el exterior. Mientras estaba sentada en el carruaje, indecisa, Montgomery entró en el edificio y su carruaje se marchó. Era el mo-

mento de tomar una decisión. Si no hacía algo ahora mismo, ya podía volver a Yorkshire.

Vivianna no era de las que se rendían fácilmente; era una luchadora. Bajó del carruaje y dijo al cochero que podía marcharse. El hombre cerró la mano después de que ella le pagara varios chelines.

—¿Aquí, señorita? —le preguntó, con una expresión extraña en la cara—. ¿Está segura? ¿Aquí?

—Estoy muy segura, gracias.

—Pero es una academia. Dirigida por una abadesa. Y salta a la vista que usted es una hembra decente... eh, bueno, una dama.

Vivianna no entendió prácticamente nada, sólo algunas palabras pero que tampoco tenían sentido. Estaba perdiendo la oportunidad de seguir a Lord Montgomery.

—Estaré bien, cochero, gracias —dijo, con un punto de frialdad.

El hombre abrió la boca para protestar, pero luego la cerró y, con un golpe seco de muñecas, hizo girar al caballo para perderse entre el escaso tráfico de la noche. Cuando Vivianna se cubrió la cabeza y la cara con la capucha de la capa, otro carruaje aparcó frente a la puerta del edificio y apareció otro hombre. Ignoró la abrigada figura de Vivianna en la acera y entró casi corriendo por la puerta principal.

Aquella era su oportunidad.

Lo siguió, casi corriendo para seguir su paso, como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí. El portero del abrigo rojo estaba abriéndole la puerta al señor. Vivianna contuvo la respiración, agachó la cabeza, se envolvió con el abrigo e intentó entrar con el señor.

De repente, se quedó sin aire en los pulmones. Había chocado contra un musculoso brazo a la altura de la cintura que la estaba arrasando hacia atrás. Con la respiración entrecortada, Vivianna levantó la cabeza y descubrió al portero, de piel morena y con la nariz rota, mirándola con unos intensos ojos grises.

—Por la puerta trasera, chica —gruñó, con un tono enfadado.

Vivianna dudó unos segundos mientras, a sus espaldas, oyó como llegaba otro carruaje.

—¡Por la puerta trasera! —le gritó otra vez el portero al tiempo que le daba un pequeño empujón para poder recibir a la siguiente visita.

Por lo visto, el portero había dado por sentado quién o qué era, igual que el cochero, pensó. No sabía demasiado bien qué habían pensado, pero tampoco le importaba. Puede que aquella fuera su única oportunidad para entrar y enfrentarse a Montgomery.

Bajó las escaleras a toda prisa y siguió la dirección del dedo del portero, que todavía la miraba furioso. Descubrió que había una callejuela junto al lateral del edificio. Mientras estaba allí de pie, intentando ver algo, por la calle pasó un carruaje muy deprisa, la asustó y aceleró el paso hasta que fue a parar a un patio que había en la parte posterior.

La puerta trasera estaba abierta y Vivianna entró como si estuviera en todo su derecho.

El aire olía a comida y almidón. A la izquierda, había lo que parecía una pequeña cocina. Siguió caminando por un pasillo lleno de puertas cerradas a ambos lados y dejó atrás la cocina y la lavandería. No estaba demasiado bien iluminado, así que iba avanzando mientras palpaba la pared con una mano. Las alegres conversaciones que oía parecían estar cada vez más cerca. Otra puerta, otro pasillo más corto y Vivianna parpadeó.

De repente, una explosión de luz, a través de una cortina de abalorios, acompañada del movimiento de gente conversando y el repiqueteo de las copas. Vivianna apretó con fuerza la fusta que llevaba en la mano, escondida debajo de la capa. Dudaba que fuera a necesitarla, pero algo le impedía deshacerse de ella. El nudo en el estómago era ahora mayor y tenía la sensación de que el corsé le apretaba demasiado.

«Montgomery no puede andar muy lejos» se dijo, para no venir-se abajo.

Levantó la barbilla, como la reina Boudica dirigiéndose a la batalla, y atravesó la cortina de abalorios.

De repente, algo le llamó poderosamente la atención. ¿Aquello era un club de caballeros? Vivianna miró a su alrededor sorprendida. Era

muy elegante, decorado en estilo rococó francés, con las paredes de color pálido y mucho oro. Había espejos por todas partes y el reflejo de las decenas de velas parecían estrellas. Los muebles eran elegantes, aunque parecían algo incómodos, no como los amplios y acolchados sofás y sillas que ahora estaban tan de moda.

No era lo que ella se esperaba. Se imaginaba a señores serios sentados en butacas de piel leyendo libros o periódicos y hablando sobre la caótica Cámara de los Comunes con un vaso de coñac en la mano. Y esta enorme y elegante sala estaba llena de hombres, pero también había muchas mujeres. Vio una gran mesa central llena de platos de comida y copas de champán.

¿Las mujeres podían entrar en los salones privados de un club de caballeros? Ella creía que no, pero era una recién llegada a ese ambiente, así que aquella también sería su excusa en caso de que la necesitara. Quizás era una noche especial, una noche de fiesta, y las mujeres habían sido invitadas. Vivianna parpadeó y se fijó detenidamente en esas mujeres. Todas eran preciosas y llevaban muselinas y sedas maravillosas, que le recordaban a otra época, a Roma quizás, o Troya. De hecho, las telas eran preciosas pero escasas.

Se sonrojó. Si Lady Greentree entrara en un lugar como ese, daría media vuelta y saldría de inmediato. ¿Qué le había dicho el cochero antes de marcharse? Algo de que aquello era una «academia» dirigida por una «abadesa». Aquello que le había llamado la atención se convirtió en alarma. Pero volvió a ignorarla. No podía cambiar de planes ahora. Las imágenes de extremidades de mujeres a través de tejidos finos como el papel de fumar le resultaban totalmente irrelevantes. Pensó que, a lo mejor, en lo referente a la vestimenta femenina, la sociedad londinense era más liberal que la de Yorkshire.

En cualquier caso, el hecho de que hubiera mujeres jugaba a su favor; le permitía moverse con mayor libertad en búsqueda de su presa. Con una rápida ojeada a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie se había fijado en ella, Vivianna empezó a cruzar la sala, pegada a la pared y escondiéndose detrás de las cortinas y las enormes plantas. Con el corazón acelerado pensó que, si alguien la veía,

pensaría que debía ser la tímida y soltera hermana de algún caballero presente o una tía lejana que había venido del campo para disfrutar de los placeres de la ciudad y que no estaba acostumbrada a tener compañía.

Se acercó a una aspidistra y se asomó entre las enormes hojas verdes, intentando localizar la oscura y atractiva cara de Montgomery. ¿Y si no estaba en esa sala? La casa era muy grande y seguro que había más salones. ¿Tendría que buscar en todos? Una vez más, tuvo que tranquilizarse. ¡Si tenía que mirar en cada centímetro de la casa, lo haría!

Sin embargo, tuvo suerte. A los pocos segundos, lo localizó de pie en el umbral de uno de los muchos pasillos que accedían a la sala. Había una mujer frente a él, vestida con una serie de telas transparentes cosidas de una forma que Vivianna no había visto hasta ahora: la parte de arriba dejaba a la vista parte de los senos y la falda tenía una forma tan particular que las piernas quedaban prácticamente al descubierto. Sorprendida, Vivianna abrió los ojos como platos.

Los dos estaban riendo y la mujer le acarició el pecho con un dedo con un gesto juguetón aunque sorprendentemente íntimo. Se acercaron un poco más, intercambiaron unas breves palabras y entonces Montgomery desapareció por un pasillo. La mujer sonrió con el mismo gesto juguetón e íntimo y se acercó a la mesa donde estaban las botellas de champán entre bloques de hielo.

¿Le iba a servir una copa? Mientras Vivianna la observaba, vio cómo otro señor, más mayor y con unas prominentes patillas, se acercaba a la mujer y entablaba conversación con ella. La chica miró hacia el pasillo, casi disculpándose, y entonces se volvió con una sonrisa y se concentró en el recién llegado. Vivianna supo reconocer su oportunidad en cuanto la vio; la oportunidad de enfrentarse con el enemigo en su propio territorio.

Muy deprisa, cruzó la sala en dirección al pasillo por el cual había desaparecido Montgomery. No había tiempo para jugar a ser invisible. No había tiempo para jugar sobre seguro. No había tiempo... Chocó contra una señora mayor muy atractiva, con mechaz grises en

el pelo y un precioso vestido negro bordado y muchos diamantes. La mujer, y más gente, la miraron con sorpresa. Vivianna arqueó los hombros y esperó a que, en cualquier momento, alguien la detuviera y le preguntara qué creía que estaba haciendo.

Pero no fue así.

Llegó a la puerta abierta, entró y cerró con llave. «¡Ahora ya te tengo!» Localizó la llave con la mano temblorosa, la giró y quedaron encerrados en la habitación.